

lidad interior; y cuando ayudan á favorecer ó adquirir la paz del corazón—lo que sucede siempre que se los utiliza para purificar el alma,—ó cuando sirven para demostrar amor ó generosidad hacia las personas queridas; en este caso, hasta parecen dulces, y en vez de permitir que nos eximan de ellos, más bien los buscamos con avidez. Pero complacerse en los tormentos del alma es tan imposible como odiar la felicidad propia, pues esto, y no otra cosa significarían; por eso no queda más alternativa que sucumbir, ó empeñarnos en una tarea sumamente ardua, si no se nos indica un medio seguro de eximirnos de ella.

Si, pues, son los remordimientos de conciencia la mayor de cuantas penas pueda sufrir el alma, ningún acto podría parecernos demasiado penoso, ningún sacrificio excesivo para librarnos de ellos.

Y bien; para conseguir ese fin nos está indicado un procedimiento, que no puede ser más sencillo. Ese procedimiento no exige fortaleza extraordinaria, ni está únicamente al alcance de quien disponga de cuantiosos elementos. Ese procedimiento es á todos asequible, le tenemos á mano, y es tan natural, que nuestra parte más noble nos lleva involuntariamente hacia él, aun entre las tinieblas de una vida sensual. ⁽¹⁾ Y ese procedimiento es además tan indispensable, que sin él no es posible volver á la bondad perdida, ni librarse de las angustias del alma, ni recobrar la paz del corazón; para decirlo en una palabra, se llama arrepentimiento.

7. El espíritu del mundo y el arrepentimiento.—He ahí una palabra que produce en el corazón la emoción más profunda; unos la oyen pronunciar con terror, otros con disgusto; ninguno con indiferencia; señal inequívoca de que nadie está sano, y de que el remedio es bueno. Toda medicina fuerte produce desde luego una grave perturbación interior, y únicamente deja de surtir efecto en los que son de sana y fuerte naturaleza, ó en aquellos en quienes ningún remedio humano tiene eficacia. Pues bien, precisa-

(1) S. Agustín, *De duabus animabus*, 14, 22.

mente aquella perturbación es señal característica de que se deja sentir la influencia del medicamento; sólo después se verá si con buen ó mal resultado.

Pero que la sola palabra de arrepentimiento produzca tan desagradable impresión, se comprende fácilmente, conociendo la naturaleza del mal que al hombre aqueja. Según hemos visto ya, está el arrepentimiento en contradicción tal con la raíz de todo pecado, el orgullo, que el espíritu humano se resiste á escuchar esa palabra por miedo de verse obligado á penetrar demasiado profundamente en su interior.

Como los hombres no quieren seriamente ocuparse en él con la inteligencia, ni ejercitarle con las obras, se llegó al punto de que casi no sepan ya qué es el arrepentimiento. De ahí procede que se formen de él las más falsas ideas. Schiller cree que es la desesperación en sumo grado. «No se podría, dice, imaginar nada más heroico y sublime que el acto por el cual, oyendo cada uno resonar en el interior la voz del juez incorruptible, la encuentra de tal modo intolerable, que, desesperado, menosprecia todos los bienes terrenos y la vida misma. Tan admirable es que el hombre virtuoso sacrifique voluntariamente su vida para defender la inocencia, como que la destruya voluntariamente el criminal porque no puede sufrir los remordimientos de su conciencia. Aun en el caso de que el arrepentimiento impulse al pecador hasta el suicidio, hay una moralidad más sublime que cuando un mártir deja derramar su sangre por la virtud. Procediendo así, el justo se siente á lo menos sostenido por la conciencia que aprueba su virtud; pero el pecador, al darse la muerte, sacrifica sin ese pensamiento confortador, y por lo tanto con todo desinterés, lo más querido que hay, la vida, como homenaje rendido al arrepentimiento y á la desesperación». ⁽¹⁾

Pero ¿debe ser eso llamado arrepentimiento? En tal caso, razón tenía Cicerón al afirmar que había sido la fuerza

(1) Schiller, *Ueber den Grund des Vergnügens an tragischen Gegenständen* (1836), XI, 522 y sig.

del arrepentimiento lo que impulsó á Alejandro al suicidio después del asesinato de su amigo. ⁽¹⁾ Mas, ¿quién creará que esa irreflexiva desesperación del orgullo pueda nunca ser una expiación ni un remedio de la falta? Los antiguos, en su ignorancia de la vida interior del alma para moderar el demasiado orgullo, en que á su entender consistía la verdadera grandeza del hombre, no conocían otro procedimiento que un desprecio excesivo de sí mismos. En nada tenían moderación. No juzgaremos, pues, como arrepentimiento y penitencia el acto por el cual, en su desesperación, Edipo se sacó los ojos, ni el de ahorcarse Fedra furiosa, ni el envilecimiento de Elena ⁽²⁾ hasta el punto de llamarse perra, ni el que casi todos los antiguos héroes de la tragedia acaben por suicidarse.

No; esa falta de moderación no es un cambio en el orgullo, sino tan sólo expresión de cólera porque prestó tan malos servicios; no es una corrección del falso amor propio, sino una nueva y más fiera erupción de ese defecto. En primer lugar, esos suicidas quieren aparecer grandes delinquiendo; y, además, después se desesperan, porque no ha tenido buen éxito su mal propósito y les sirvió sólo para avergonzarlos.

Pues bien, el arrepentimiento debe producir como resultado la curación, y precisamente la curación de la enfermedad fundamental del espíritu, el orgullo. Por eso nadie debe hablar de arrepentimiento cuando el orgullo se rebela hasta el frenesí; únicamente un dolor juicioso, resignado, un dolor que dulcifique y humille al alma, demuestra haberse convertido el corazón, y que se ha dejado conquistar por el bien.

Por lo tanto, no toda amargura es arrepentimiento. Hay una tristeza dulce, moderada, que practica una penitencia constante y salvadora; eso es arrepentimiento; y hay una tristeza excesiva, acerba, que produce la muerte, ⁽³⁾ pero

(1) Cicerón, *Tusc.*, 4, 37, 79.

(2) Homer., *Il.*, III, 180; *Od.*, IV, 145.

(3) II Cor., VII, 10.

ésta no tiene con el arrepentimiento relación ninguna.

Pero, ¿por qué asombrarnos de que los antiguos no hayan conocido el secreto del arrepentimiento? ¿Acaso lo comprendieron siempre mejor los modernos? ¿En qué se diferencian las duras condenaciones de sí mismos de las expresiones de una Elena? ¿En qué se diferencian las penitencias de los jansenistas y de los metodistas del procedimiento de un Edipo? Si el profesor Ebrard en su polémica con la condesa Ida Hahn-Hahn encomia la propia congregación religiosa, porque ella sola—que se nos perdonen estas expresiones ofensivas—posee el secreto de la penitencia que todo lo destruye y pulveriza; ¿no estaríamos obligados á decir que la benigna doctrina del Cristianismo, que el dulce espíritu de Jesús, que la verdad del Evangelio, vinieron á la tierra inútilmente?

Pero no debemos llevar á mal que los filósofos modernos juzguen el arrepentimiento con tal desdén, que hasta lo excluyen de entre las prácticas virtuosas y lo censuran como execrable. Así, Kant pretende ⁽¹⁾ que es tan sólo un despecho del amor propio, avergonzado de haber dado pruebas de debilidad ante los demás. De igual modo se expresan Adam Smith, ⁽²⁾ y hasta Steinbart, ⁽³⁾ profesor protestante de teología. Ya hemos visto que puede ocurrir eso á consecuencia de un orgullo inflexible, y que desgraciadamente sucede con frecuencia; ese dolor agudo, que descorazona y deprime, esa acritud del corazón, que se desahoga en expresiones destempladas, sin hacernos más resueltos, más vigilantes, más humildes, no es arrepentimiento, sino tan sólo orgullo herido. ¿Á quien se le ocurriría llamar arrepentimiento á semejante defecto?

Podría creerse que eso no era posible, y, sin embargo, lo hacen ciertos filósofos. Así, dice Hartmann que el arrepentimiento no es más que el absurdo de pretender que no ha-

(1) Kuno Fischer, *Gesch. der neuern Philos.*, (1) IV, 406.

(2) J. H. Fichte, *Die philosoph. Lehren von Recht, Staat und Sitte seit Mitte des XVIII Jahrh.*, (*Ethik I*) 556.

(3) Rittschl, *Rechtfertigung, und Versöhnung*, I, 383-385.

ya sucedido lo que sucedió. ⁽¹⁾ *El sistema de la naturaleza* no reconoce en él más que el sentimiento por las malas consecuencias de nuestros actos. ⁽²⁾ Y Nietzsche, rudo como siempre, le llama la mordedura del perro en la piedra que se le arrojó; una estúpidez. ⁽³⁾ Son tristes pruebas de cuán poco estos sabios conocen el verdadero arrepentimiento; y permiten comprender cómo Spinoza ⁽⁴⁾ pudo enseñar que quien se arrepiente de una mala acción es irracional, porque se hace dos veces desgraciado por una misma cosa.

Después de los filósofos, como siempre, se encargaron los escritores populares de envilecer el arrepentimiento. Quien lea la moderna literatura se estremecerá al ver cómo sistemática y constantemente se presenta en ella el arrepentimiento como una locura. Ha de producir necesariamente un efecto desmoralizador el predicar al pueblo estos principios: El pecado es un derecho y el arrepentimiento una debilidad del hombre; y, sin embargo, esos principios se encuentran en la amena literatura con una insistencia que causa espanto. No es posible leer las obras de los poetas ó de los novelistas, sean los que se quiera, sin encontrar casi siempre el principio que Grabbe expresó con estas palabras: «Inútil es arrepentirse de lo que sucedió». ⁽⁵⁾

¡Cuán bajo hemos caído, y cómo deprimimos al hombre mucho más que lo hicieron los antiguos paganos! Aun en los tiempos de la decadencia romana, decía Plauto al pueblo: «No hay hombre tan despreciable que no merezca perdón, si se avergüenza y se excusa de sus faltas». ⁽⁶⁾ Pero el príncipe Pückler-Muskau predica á nuestra generación que el arrepentimiento es una de las debilidades más imperdonables, una verdadera mezquindad de que se podrá

(1) Hartmann, *Phänomenologie des sittl. Bewusstseins*, 189 y sig.

(2) Erdmann, *Gesch. der neuern Philosoph.*, II, 1, 301, *Anhang CXXIV*. Staudlin, *Gesch. der neuern Moralphilos.*, 671.

(3) Nietzsche, *Menschliches, Allzumenschliches*, II, 2, 40, n.º 38.

(4) Spinoza, *Eth.*, 4, prop. 54.

(5) Grabbe, Herzog Theodor von Gothland, 3, 1.

(6) Plauto, *Aulul.*, IV, 10, 789 y sig.

hacer ostentación á fin de parecer bien á los ojos de los demás, pero con la que nunca se hará nada serio. ⁽¹⁾ No vacila Borne en atribuir á los malvados más endurecidos, y á Satanás el primero, la gloria de la suprema sabiduría, escribiendo estas vergonzosas palabras: No arrepentirse de nada es el principio de toda sabiduría. ⁽²⁾

8. El arrepentimiento como destrucción del orgullo.—¿De dónde proceden esos improprios contra el arrepentimiento? ¿Por qué prefieren tantos seguir siendo infelices antes que aceptar el arrepentimiento? ¿Por qué una cosa tan sencilla en apariencia se hizo difícil al hombre? ¿Por qué se muestra tanto interés en hacerla pasar por imposible?

Se comprendería ese disgusto si los maestros del Cristianismo concibiesen el arrepentimiento al modo que los corifeos de la Reforma y del Jansenismo, que lo representan como el aniquilamiento del hombre, ó lo mismo que esos pensadores modernos, al pretender con él la destrucción de la vida; pero ¿quién ignora que la caridad cristiana no tiene relación ninguna con esas aberraciones? Tan lejos está del espíritu del Evangelio toda falta de moderación, que se puede con seguridad afirmar que, donde quiera que se encuentre, ó bien se niega la verdad de la Revelación, ó se la expone erróneamente y con espíritu de parcialidad. Quien no rompe completamente la caña quebrada y no apaga la mecha todavía humeante, está ciertamente muy lejos, en su misericordioso corazón, de exigir que el arrepentimiento destruya totalmente al pobre pecador. ⁽³⁾

Sin embargo, fácil es comprender de dónde procede ese horror que se tiene al arrepentimiento. Si fuese excesivo lo que nos exige, podríamos rechazarlo, y quedaría en paz nuestro corazón; pero lo que pide es naturalísimo y no podemos negarle el derecho de exigirlo. No es el corazón

(1) Janssen, *Zeit und Lebensbilder*, (2) 111.

(2) Borne, *Aphorismen*, 202 (G. W. 1868, VII, 78).

(3) Matth., XII, 20.

lo que debemos destrozarnos, sino únicamente la causa del pecado que hemos puesto en el corazón, es decir, la arrogancia de nuestro amor propio. No son lágrimas, ni un acerbo dolor sensible, ⁽¹⁾ ni las salvajes erupciones de la desesperación, lo que constituye la esencia del arrepentimiento; ni es tampoco la ira impotente, sino tan sólo la humillación. ⁽²⁾ Por eso no era arrepentimiento el modo que Caín tenía de acusarse: «Es tan grande mi pecado que no puedo merecer perdón»; ⁽³⁾ é insistiendo así en su obstinación, acusaba á Dios de que algún día habría de castigarle. Por lo que jamás habrá arrepentimiento mientras el pecador considere como cosa inaudita el darse humildemente golpes de pecho y caer de rodillas ante Dios, diciendo con legítima confusión, cuya amargura dulcifica la esperanza de ser perdonado: «Señor, tened piedad de mí, pobre pecador».

Por eso es condición indispensable para el arrepentimiento, que desde luego quebrantemos la soberbia de nuestro espíritu, reconociendo y confesando que hemos hecho mal. Reconocer su falta, no es arrepentimiento; aun consiste menos en la confesión de haberse equivocado, como cree Schopenhauer, ⁽⁴⁾ concepto por desgracia muy difundido, y que Tertuliano ya combatió. ⁽⁵⁾ No, en el mero reconocimiento de la falta no puede buscarse el arrepentimiento, pues, procediendo así, podría quedar satisfecho el orgullo, y el hombre continuaría siendo, aun más que antes, víctima de este su mortal enemigo. Sin embargo, el reconocimiento y la confesión de la falta son indispensables para el arrepentimiento, pues cuando no está quebrantado el orgullo del espíritu, cuando éste no reconoce y deplora con el más vivo dolor haber hecho el mayor desatino, engriéndose en su soberbia y faltando á la ley di-

(1) Sto. Tomás, *In Ps.*, 37, 18; 4, d. 17, q. 2, a. 3, sol. 1.

(2) S. Agustín, *ps.*, 146, en. 5. Crisóst., *Hebr.*, 31, 3.

(3) Gen., IV, 13, 14.

(4) Schopenhauer, *Welt als Wille und Vorstellung*, (3) I, 349.

(5) Tertull., *De pœnit.*, 1.

vina, ⁽¹⁾ no estamos aún al principio del arrepentimiento.

Pero el orgullo no reside tan sólo en la inteligencia, sino además en la voluntad, de la que debe también ser desalojado por el arrepentimiento. Schopenhauer niega que éste pueda jamás surgir mediante un cambio de la voluntad. ⁽²⁾ Esto demuestra claramente que la voluntad no está bien dispuesta á la enmienda; y, sin embargo, esto es precisamente su propio deber. No sólo puede, sino que debe cambiar. En la voluntad reside el pecado; hasta que no se aleje de él y no vuelva de nuevo al bien, no hay posibilidad de mejoramiento; y este el arrepentimiento ha de producirlo, si es verdadero. Quien, como Hartmann, busque en él una opresión ó un aniquilamiento del sentido moral, ⁽³⁾ no lo conoce. La verdadera piedra de toque en que se puede con seguridad conocerlo, es que fortalece al alma, renovando las fuerzas morales perdidas.

Per eso, además del dolor, se requieren otras dos cosas para que haya verdadero arrepentimiento; la primera, el horror, en virtud del cual se aleja el alma del pecado cometido; la segunda, el propósito firme con que quiere, en cuanto de ella dependa no reincidir.

No se necesita, pues, que el dolor por el pecado sea un dolor sensible; basta el dolor del entendimiento. Ni hace falta que el aborrecimiento y el propósito se manifiesten de un modo perceptible á los sentidos; es suficiente que la voluntad produzca seriamente los efectos que acabamos de mencionar. El entendimiento hace penitencia con el dolor, la voluntad con la detestación y el propósito; pues el primero es una humillación de la inteligencia, y con los otros dos se humilla la voluntad. De ese modo, las dos facultades del alma reparan el mal que han cometido. Á ese arrepentimiento se aplica el proverbio que lo llama medicina del alma.

9. El arrepentimiento imposible sin la fe en la mi-

(1) Sto. Tomás, 4, d. 17, q. 2, a. 3, sol. 2.

(2) Schopenhauer, *loc. cit.*

(3) Hartmann, *Phænomenologie des sittl. Bewusstseins*, 192 y sig.

sericordia de Dios.—Seríamos injustos con el hombre, si pretendiéramos considerar el orgullo como el único óbice que le hace tan arduos el arrepentimiento y la penitencia. Admitimos desde luego que encuentre una dificultad acaso tan grave en el temor de que todo el trabajo que pudiera tomarse sería tal vez inútil. ⁽¹⁾

Ya por esta misma razón era tan difícil á la humanidad el arrepentimiento, y por lo tanto, la salvación antes de Jesucristo, porque se sentía incapaz de concebir esperanza de perdón, si Dios no se dignaba descender hasta su miseria.

Después, en los tiempos sucesivos del paganismo, sin duda no pensaba en que tuviera necesidad de perdón, pues entonces, abandonado todo pensamiento de esa naturaleza, se había entregado con ciega desesperación á todos los vicios. ⁽²⁾ Pero aun en los tiempos más antiguos, cuando el sentimiento religioso se había conservado relativamente puro entre los paganos, en Homero, por ejemplo, osaban á lo más, esperar la posibilidad, nunca la efectividad del perdón. ⁽³⁾

Pero ¿á qué hablar de los paganos? Aun después de aparecer en la tierra la misericordia y el amor de Dios, nuestro Salvador, ⁽⁴⁾ hubo cristianos que estimaron deber poner límites á la infinita misericordia de Dios. Acaso esta severidad haya sido á veces sugerida por buenas intenciones—no tenemos inconveniente en admitirlo como excusa,—la de impedir, por ejemplo, que desapareciese del corazón humano el recuerdo de la justicia vengadora de Dios; pero á veces resultaba también de cierta arrogancia del orgullo, que deseaba evitar la humillación de volver á Dios, con el pretexto de que el mal, una vez cometido, no puede ya ser reparado. En todo caso, se creaba de ese modo una dificultad insuperable para el arrepentimiento y la peni-

(1) Bernard., *In Nativ. Dom.*, s. 2, 1.

(2) Eph., IV, 9.

(3) Nægelsbach, *Homer. Theolog.*, (1) 307, 325.

(4) Tit., III, 4.

tencia. Ya es en sí misma bastante deprimente la conciencia de la falta, aun cuando el pecador crea en un Dios dispuesto á la clemencia. ¿Se necesitaba todavía arrebatarse esa última razón que le confortaba, y precipitarle así en el abismo de la desesperación y del endurecimiento?

Un arrepentimiento que la esperanza del perdón no mitiga, debe conducir á la desesperación; ⁽¹⁾ pero ésta es peor que el pecado mismo, hace incurable la falta cometida y es fuente de crímenes siempre nuevos. Nadie peca de un modo más inconsiderado que quien para siempre repudió toda esperanza. Mientras exista en el hombre una chispa de valor y de confianza, se mantendrá superior al más bajo grado de corrupción; pero si acaba por desechar la última idea de ser perdonado, puede decir con Horacio: «Audaz la raza humana, se arroja con furor á todo lo que le está prohibido». ⁽²⁾ La audacia es siempre hija de la desesperación; por eso el desaliento se convierte á menudo en ruina más espantosa que el delito, pretexto de aquélla. Caín habría podido obtener perdón por su fratricidio; pero cuando en su orgullosa desesperación empezó á blasfemar contra la bondad divina, exclamando: «Es tan grave mi pecado que no puedo merecer perdón», ⁽³⁾ huyó de la presencia de Dios.

Conforme á lo expuesto, fácil es explicar por qué se hace tan difícil el arrepentimiento á los que viven fuera del Evangelio. No podemos por nosotros mismos formarnos idea de una misericordia á cuyos ojos encuentran gracia los más graves crímenes, de una paciencia que millares de abusos no pueden agotar, de una justicia que sin repugnancia cede ante la caridad. Un débil amor, falto de justicia es lo sumo que los hombres conocemos. Y ¡cuán pronto se agota! Pero una justicia que se una á la caridad nos parece casi imposible; ó carencia de justicia, ó cruel é inexorable justicia, tal es el resultado de nues-

(1) Ambros., *Pœnit.*, 1, 1 (C. nemo potest 50, de poen.).

(2) Horac., *Carm.*, I, 3, 25 y sig.

(3) Gen., IV, 13.